

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Alocución para el acto de apertura del año lectivo 1970 en el Seminario Concordia.....	1
El lugar del Servicio Cristiano	7
Estudio Bíblico	11
¿Conoces a alguno?	18
El Coloquio de Marburgo	27
Bosquejos para Sermones	40
¿Sabía Ud....?	48

Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 66

Segundo Trimestre - 1970

Año 17

Alocución para el acto de apertura del año lectivo 1970 en el Seminario Concordia

Señores... etc.:

Nuevamente cambiamos —al menos los estudiantes cambian— el hogar paterno por los cuartos del Seminario, el trabajo o descanso de las vacaciones por la actividad en las aulas y tras los escritorios. Algunos cambian también el tipo de enseñanza ante todo asimilador del Curso Preteológico por el más bien investigador de la Sección Teológica. Así que, cambios por doquier. Experimentamos así en pequeña escala lo que el mundo entero está experimentando en grande escala y con inusitada violencia, hasta el punto de que a nuestra época bien podríamos llamarla la época de los cambios, reestructuraciones y reevaluaciones en todos los ámbitos.

También en la iglesia y su actividad notamos esta inquietud por cambios y reestructuraciones. Promovidos por intenciones acordes con la verdadera misión de la iglesia, los cambios son lógicos y necesarios. La iglesia, colocada en el mundo, tendrá que tener en cuenta las particularidades y ocasiones de ese mundo preciso en que le toca vivir. De lo contrario llegará a ser una reliquia y un museo en lugar de ser una sal y luz para el mundo. Por otra parte, ese afán de innovación, siguiendo reflexiones puramente humanas, puede **desviar** también a la iglesia de su tarea específica, que ella sola y ninguna ideología humana puede llevar a cabo, a saber: ser difusora de la oferta de perdón y reconciliación divinos al hombre separado de Dios y por ende perdido. Tal desviación ocurre p.ej. cuando se pone el énfasis principal en el aporte, necesario y loable en sí, que las iglesias podrían hacer al mejoramiento de las relaciones interhumanas, a la dignifica-

ción de la vida del individuo, en fin, cuando se propugna unilateralmente por lo que por lo común se llama evangelio social, con el pretexto de que con la predicación del evangelio de salvación ya no se alcanza ni se atrae a nadie. Pero preguntamos: ¿Cuándo el evangelio del perdón de pecados fue un artículo de consumo de las masas? Cuando Jesús dio de comer a los 5.000, todo el mundo quiso hacerlo rey. Cuando declaró ser Hijo de Dios, todo el mundo gritó "crucifícale". Esto da de pensar. Con alarmante frecuencia, el innovacionismo adquiere también las formas negativas de un no velado clamor por revolución, destrucción violenta, sin aporte positivo, sin ofrecer remedios a los pretendidos males que se censuran. O se expresa en tonos menos ásperos, a primera vista convincentes, como cuando un joven pastor de Inglaterra sugiere cerrar todas las iglesias, salones parroquiales y escuelas dominicales de Gran Bretaña, venderlas al mejor postor y destinar el producto a obras de beneficencia, lo que de peso daría a los pastores tiempo para dedicarse a sus tareas primordiales en lugar de tener que debatirse con cuentas de reparación de edificios vetustos y colectas para la renovación del órgano. Vendamos las iglesias, construyamos hospitales, enviamos ayuda a Biafra, a Vietnam — atrayente programa, por cierto. Pero otra vez me permito preguntar: ¿Se enviaría esta ayuda? Los que encuentran atrayentes estos programas: ¿Cuánto dieron para una iglesia? ¿Cuánto para un hospital? ¿Qué gastan para Biafra y Vietnam además de altonantes palabras? Sin embargo, hay momentos en que uno se pone a reflexionar: ¿Vale la pena mantener todo ese costoso aparato del Seminario Concordia para un puñado de estudiantes? ¿No haríamos mejor en venderlo y dar el dinero a los pobres? ¿No somos unos ilusos o unos cómodos que no comprenden o no quieren comprender las exigencias de la hora actual en que vivimos?

Esta, mis estimados oyentes, es la situación en que ahora reanudamos nuestro trabajo — situación desconcertante, desorientadora. No obstante, sostenemos: mientras tenga validez la orden divina de que la Palabra debe ser predicada, debe haber predicadores. Para que los haya, debe haber un lugar donde puedan formarse. Como ejemplo lo tenemos a

Jesús y su grupito de 12 discípulos a cuya instrucción el divino Maestro sin lugar a dudas dedicó más horas que a cualquier otra actividad más espectacular. Y estos discípulos derramaron sobre el mundo más bendiciones que todas las obras sociales juntas habidas y por haber, no mediante proclamas revolucionarias, sino mediante la proclamación del evangelio de Cristo, el Crucificado por nuestros delitos y Resucitado para nuestra justificación.

Estudiantes del Seminario Concordia: Para ayudarlos a hallar un rumbo certero en el confuso panorama de los cambios y las reestructuraciones, os exhorto a acompañarme en la meditación sobre **una** palabra: Responsabilidad. ¡Res-pon-sabi-li-dad! Esa meditación contemplará tres aspectos: Responsabilidad ante ti mismo - ante el prójimo - y ante Dios.

Respecto de la responsabilidad ante uno mismo, el apóstol Pablo dejó dicho algo que bien vale la pena tomarlo a pecho; dice: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño", 1 Co. 13:11. Vosotros estáis en la edad en que el niño se hace un hombre. Pero esto no se hace por sí solo. Es preciso trabajar en la formación del propio carácter para que en las fructuaciones y cambios de la vida uno no permanezca en el estado rudimentario de una caña meneada por el viento. Característica del niño es ser guiado. El hombre tiene que camilar solo. La responsabilidad que cada uno tiene ante sí mismo es, pues, ejercitarse en el caminar solo, no dejarse arrastrar simplemente, no mirar lo que hace otro y justificar el propio proceder del otro, no esperar a que otro le indique cada paso a dar, sino velar por sí mismo, elaborar personalmente una línea de conducta. ¿Cómo hacerlo? El salmo 119 tiene la respuesta. Dice: "¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra" (v. 9). El usar diaria y conscientemente la Palabra de Dios, no como mero producto literario, sino como palabra de vida puesta en tu vida para hacer de ella una vida de hijo responsable de Dios — he aquí un factor que conferirá seguridad a nuestros pasos en un mundo inseguro donde los ídolos e ideales de hoy son destronados u olvidados mañana y donde tantos que hoy corren en una dirección, mañana se ven obligados a correr en otra por su afán

de quedar a tono con una época de tonos siempre cambiantes.

A la responsabilidad ante uno mismo se agrega la responsabilidad ante el prójimo, que también es menester cultivar cuidadosamente con miras a nuestro futuro ministerio no de asalariados sino de pastores. Ninguno de nosotros es un ser aislado, sino parte de una sociedad. Hay que saber qué lugar nos cabe en esta sociedad para adoptar una actitud de contornos claros. Nadie que quiera ser hombre de provecho, vive para sí mismo solamente, sino también para otros. El prójimo tiene el derecho de esperar algo positivo de mí — si esta máxima la implantamos como una meta en nuestra vida, nos habremos provisto de otro factor que nos hará caminar con cautela, reflexión y firmeza.

También aquí cabe la pregunta: ¿Quién es mi prójimo? En la esfera más estrecha, es tu compañero de estudios. Respeto de él, Dios te plantea diariamente la pregunta: ¿Dónde está tu hermano? ¿En qué medida te preocupas por él? ¿Qué haces para provecho de él? Y **no puedes** dar a Dios la respuesta de Caín: ¿Acaso soy guarda de mi hermano? Porque sabes muy bien que lo eres. Invariable e inexorablemente, tu conducta y tu palabra influyen sobre los demás — para bien o para mal. Y por desgracia, debido a nuestra condición pecaminosa, la mala influencia ejerce un poder más fuerte que la buena. De ahí la así llamada regla de oro que Cristo nos dictó para elevar nuestra convivencia al nivel donde él quiere que esté: "Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos" (Mt. 7:12). Bien, hazlo, y tendrás un antidoto contra el entregarte a las emociones fluctuantes del momento.

Pero hay una esfera de prójimos más amplia aún: la iglesia. También ante ella nos cabe una responsabilidad. Terminemos de una vez con la idea de que la iglesia no debe todo por el mero hecho de que estudiamos en un Seminario teológico. Abstengámonos de pensar que nuestra calidad de estudiantes nos eleva automáticamente al glorioso rango de ofrendas puestas sobre el altar del Señor. Muy al contrario, nosotros debemos a la iglesia. Un simple ejemplo, materialista si se quiere: De cada 4 pesos de pensión que se

consumían aquí el año pasado, 3 provenían no del bolsillo de vuestros padres ni mucho menos del vuestro propio, sino que les fueron facilitados por hermanos y hermanas de fe que mayormente ni conocen vuestros nombres, pero que tienen interés y amor por la obra que aquí se está haciendo. No digo esto como reproche para nadie, sino como público agradecimiento. ¿No tienen estos cristianos anónimos que constituyen la iglesia, el derecho de exigir que nos preparemos lo mejor que podamos? No nos apoyan simplemente para que podamos adquirir cierta educación superior, sino porque quieren que seamos sus soldados de primera línea, y porque depositan en nosotros la confianza de que lo seremos. Vosotros —esto es lo que se espera— seréis los que van adelante en la tarea de poner en contacto con su Salvador a cuantos hombres sea posible. Seréis los instructores y guías espirituales de la generación que va surgiendo, de los hijos de los que estamos aquí reunidos, de **mis** hijos. Y yo y todos queremos que estos hijos estén en buenas manos. ¿Queréis dormir y descansar? El tentador está cerca y os induce a entregaros al ocio y a vanas discusiones. Pero el tiempo en que vivimos es demasiado serio como para pasarlo en vanidades. Sed pues responsables, porque vuestra responsabilidad es grande.

Iglesia — esto son también las generaciones de fieles que nos precedieron. Y aquí llega el momento de dirigir una advertencia especial a vosotros, los actuales seminaristas. Vosotros seréis introducidos ahora también en el conocimiento y pensamiento de los padres de nuestra iglesia. Y es frecuente cierta inclinación a creer que lo que hicieron y pensaron estos antiguos, todo es anticuado, que hoy las cosas son otras y otros los procedimientos. En parte, ese pensar será justificado, pero en buena parte es presunción injustificada y hasta anticientífica. Nosotros no debemos creernos la primera generación que recibió las luces del Espíritu. La iglesia es el cuerpo de Cristo a través de los siglos, las bendiciones divinas derramadas sobre **una época** deben pasar a las subsiguientes. Desechar estos tesoros sería una insensatez irresponsable. El respeto y la gratitud por la labor de los antiguos no debe interpretarse como modorra espiritual, falta de mente investigadora y crítica, sino como prudencia que

resguarda la superficialidad, innovacionismo y pérdida de sustancia.

Por último tenemos una responsabilidad ante Dios. De continuo y por doquier vivimos en presencia de él. Pensamiento aterrador: ese Dios al parecer tan fácil de eludir, tan remoto que muchos creen poder ignorarlo y declararlo muerto — ese Dios está aquí, ahora, siempre, inmutable ante la crítica, la burla, la partida de defunción que algunos le extienden. "El que mora en los cielos se reirá, el Señor se burlará de ellos" dice el Salmo 2:4. Y no sólo está aquí, sino que observa a cada cual y en su día le pedirá cuentas, créase o no, quiérase o no. Si, aterrador es pensar en que somos responsables ante ese Dios, el único eterno en medio de todo lo pasajero, ante quien nadie puede presentarse con secretos y subterfugios. Aterrador — hasta que nos demos cuenta de que está presente no como juez, sino como Salvador, como Padre que guía a sus hijos inseguros, que tiene solución para nuestras dificultades, que no impone más de lo que podemos llevar, Dios paciente, comprensivo, porque nos ama. ¿Quién no quisiera exponer su vida ante este Dios y decirle: Señor, heme en tus manos? Sin él, nada podemos hacer, con él haremos proezas, no nuestras, sino **sus** proezas, y por ende, proezas de valor real. Lo que vivimos y hacemos para Dios, lo hacemos como parte de su plan premeditado y saludable. Esto nos ha de conferir seguridad y confianza.

Por esto: para dar un rumbo certero a nuestro diario andar, no postulemos con ostentación lo imposible, sino hagamos en humildad lo posible, pero todo lo posible, de cada día, en responsabilidad ante nosotros mismos, ante el prójimo y ante Dios. Sea esta nuestra divisa para la actividad que ahora iniciamos con la bendición y ayuda del Dios trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.

E. Sexauer

11 de marzo de 1970.

EL LUGAR DEL SERVICIO CRISTIANO

El año eclesiástico

Todas las tentativas de imponer a los cristianos convertidos del paganismo la observación del sábado u otros tiempos sagrados del judaísmo, fracasaron. Lo que era la costumbre ya entre los cristianos primitivos, referente a esta cuestión, nos lo demuestra Hech. 20:7, donde se nos informa que en Troas los discípulos se reunían el primer día de la semana para partir el pan. Ya antes San Pablo había aconsejado a los corintios (1. Cor. 16:2) que hicieran la colecta cada primer día de la semana. Un consejo similar había dado el apóstol a las congregaciones de Galacia. Hacia fines del primer siglo de la era cristiana, tiempo en que San Juan escribió el Apocalipsis, este primer día de la semana ya se había establecido firmemente como el día del culto, llamado el día del Señor (Apoc. 1:10).

Una explicación para tal elección nos ofrece Ignacio en su carta a los magnesios (9:1), diciendo: "No celebramos más el sábado sino que vivimos observando el día del Señor en que comenzó nuestra vida por Él y Su muerte". En la carta de Bernabé leemos (15:8): "... por eso celebramos no el sábado, sino el día octavo para nuestro gozo porque en él Jesús se levantó de los muertos".

El día de la resurrección

Juntamente con la conmemoración semanal de la resurrección, pronto (2. siglo p.C.) se observó una fiesta especial para que la resurrección de Jesús recibiera un significado más dominante en la vida de la iglesia primitiva, a saber: la fiesta de Pascua, que es la fiesta cristiana más antigua. La palabra aramea "pasha" es una derivación de la palabra hebrea "pessach" (Ex. 12). Los judíos celebraban su Pascua, la fiesta de los panes ázimos, desde el 15 hasta el día 21 del mes de Nisán, siendo el día 15 de Nisán el primer día después de la primera luna llena en la primavera. Para los cristianos, Jesús es el cordero de Pascua. Después de muchas discusiones y cambios en el calendario en el cual ya no se contaba